

Nuevos textos de Antonio Machado

En un olvidado retrato de Antonio Machado que compuso Ortiz de Pinedo (J. M. Aguirre: «José Ortiz de Pinedo y Antonio Machado. Coincidencias», en *Revista de Occidente*, abril de 1977, pp. 37-42), se condensan una ristra de ideas que materializan el estereotipo del poeta. El libro en que se publicó, *Viejos Retratos Amigos* (1949), hace, en todo, honor al título, a excepción del que recorta el perfil del *capitán del soneto* Eduardo Haro Tecglen que, sin ser un mozo, era por aquel entonces bastante joven.

La tópica figura de Machado, que reproduzco a continuación, se contradice de plano con el espíritu de los textos descubiertos, que sólo con alguna reserva, sobre todo uno, cabe presentar como nuevos a todos los efectos. Pero la adscripción a tal autoría implica en este caso, y quizás esto sea lo más importante, una percepción distinta y más verdadera de la obra y su poeta. El factor de contraste nos lo proporcionan los siguientes versos:

Don Antonio Machado
es un señor de aspecto
bonachón, de aire calmo,
grave, como sus versos.
Siempre meditabundo,
inclinada la frente sobre el pecho
y con leve cojera
—no sé si del reuma prisionero—
vestido siempre con oscuro traje
—otro no le recuerdo—
acompañado de su hermano, o solo
perdido en soliloquios de silencio,
don Antonio Machado
—poeta castellano y caballero
andaluz— cruza tardo por las grises
sendas de los paseos
públicos: el Hipódromo,
la Castellana, Recoletos,
pero no más allá, pues que huye el ruido

excesivo y el peso
 molesto que la vacua muchedumbre
 produce en los espíritus selectos.
 Cuando pasa, dan ganas de acercarse,
 con amor y respeto,
 a besarle la mano
 creyéndole un buen párroco de pueblo.
 No conoce cenáculos
 —su mejor compañía lleva dentro—
 ni mendiga a la Gloria
 lo que en la letra impresa es su remedo.
 Ni altivo ni mordaz, nadie diría
 que tiene con las musas parentesco.
 Parece un pastor de almas sin rebaño.
 En él la soledad es Universo.
 Castilla tiene en él su lengua de oro;
 por él habla Castilla a nuestro tiempo.
 Soria y Burgos osténtanse en sus óleos,
 las tierras pardas míranse en sus lienzos.
 Canta lo que ha sentido, lo que ha visto,
 y hay en su romancero,
 desnudo de influencias y de escuelas,
 un sabor noble, austero,
 de clasicismo puro,
 pero tan sólo el dejo,
 tan sólo el gusto del manjar antiguo
 en su yantar moderno.

Pero el último trío de heptasilabos y endecasílabos puede llamar a engaño. No es que don Antonio ignorase los avances de vanguardistas y otros innovadores con carácter general. Proust y Joyce son valorados, caso insólito en su época, en el discurso de recepción en la Real Academia de la Lengua que nunca llegó a leer. Por un apunte en *Los Complementarios* (156R) sabemos que el dadaísmo no sólo le era conocido como movimiento artístico, sino que, además, se adhiere al juicio de Jacques Rivière, quien afirma: «Car, c'est une chose aujourd'hui, à mes yeux tout au moins, démontrée et nommément par Dada, que l'inconscient est sans force, sans vertu, que le coeur lui même ne peut plus être ni le lien ni le moyen. Cette grande fatigue que la peur a infligé à nos facultés affectives, et plus profondément encore à notre pouvoir d'émission, réapparaît dans toutes les oeuvres qu'ils s'efforcent encore d'inspirer directement».

Para cualquier escritor que aspire a esa *Dichtung* de potencia concentrada que debe ser la fibra muscular y nervio de toda expresión poética, el comentario no puede ser más demoledor. Había una postura estética tomada. En todo caso, Machado fue el poeta que fue, en consecuencia a un compromiso frente a una realidad cultural que conocía perfectamente, y no como una especie de perla de singular rareza que añadió capa sobre capa de nácar estético a su encierro provinciano. Otra cosa muy distinta es que

